



*Julianne
MacLean*

LOS HERMANOS SINCLAIR

*Una noche
en tus brazos*

Índice

Portada
Sobre la autora
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Créditos

Julianne MacLean cayó rendida a los pies del género romántico mientras estudiaba literatura inglesa con clásicos como *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *Orgullo y prejuicio*. Cuando llegó el momento de buscar un trabajo «de verdad», y tras un breve período como auditora del Estado, se dio cuenta de que en realidad no le interesaba demasiado que los números cuadrasen. De modo que, durante el mes previo a su boda, no levantó la vista de su ordenador hasta que terminó de escribir su primera novela. Catorce años después, casada y con una hija, Julianne es una ama de casa realizada y feliz, dedicada en cuerpo y alma a escribir historias de amor.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.juliannemaclean.com.

Agradecimientos



Muchas gracias a Deborah Hale, por su ayuda a lo largo de las diversas fases de construcción del argumento, y a Michelle Phillips, mi prima y amiga, por leer el primer borrador. Quiero agradecer, de manera muy especial, el trabajo de mi editora, Erika Tsang, por sus acertados comentarios sobre Vincent, ya que me resultaron de gran ayuda en las revisiones. Gracias también a mi marido, Stephen, por todo su apoyo y esfuerzo a la hora de producir los tráilers de mis libros. Y, finalmente, el mayor de mis agradecimientos es para mi hija, Laura, por su creativa contribución a este libro: la marca de nacimiento de Letitia. Gracias a todos por compartir vuestras opiniones conmigo.

Prólogo



Siempre me he considerado una mujer de moral intachable. Entonces, ¿cómo pudo ocurrirme algo semejante? ¿Dónde quedaron mis valores y mis principios? Sin embargo, conozco la respuesta a estas preguntas. Sin duda fue la intensidad cegadora de su encanto lo que me hizo olvidar todo aquello en lo que creía.

Diario de Cassandra Montrose, lady Colchester,
14 de mayo de 1873

Lord Vincent Sinclair abrió de una patada la puerta de la lujosa habitación del hotel de Londres y traspasó el umbral llevando en sus brazos a Cassandra Montrose, lady Colchester, encantada de tener el pelo revuelto y ruborizada por los interminables besos que aquel galán le había dado en el carruaje durante el trayecto. Cassandra se reía e intensificaba su abrazo alrededor del cuello de lord Sinclair.

—No puedo creer que estemos haciendo esto... —comentó ella—. ¿Qué pensaré de mí misma por la mañana? Oye, eres una muy mala influencia, un auténtico donjuán.

Con una amplia sonrisa, Vincent cerró la puerta de un puntapié. Atravesó la habitación, que olía suavemente a rosas, en un maravilloso aleteo de sedas y encajes, hasta llegar a la enorme cama de caoba cubierta de terciopelo carmesí y dorado, donde dejó a lady Colchester.

—Me encanta que sepas de mi ilustre fama, querida. Así puedo estar seguro de que no habrá ni falsas ilusiones, ni lágrimas, ni un corazón roto por la mañana.

Volvió a sonreír con sensualidad, al tiempo que sus ojos desprendían cierta perversidad.

—En realidad creo que debería advertirte lo siguiente: no soy el tipo de hombre en el que una mujer deba depositar sus esperanzas.

Cassandra levantó una ceja con picardía.

—Una mala influencia, sin duda.

Tiró de su pajarita blanca de batista, comenzó a desabrocharse la camisa y sonrió diabólicamente.

—Puedo asegurarte, lady Colchester, que todavía no he empezado a ser una mala influencia. Aún queda lo mejor.

—No me cabe la menor duda.

Se detuvo a mirarla un momento y, después, poco a poco, le quitó las peinetas de nácar del pelo. Las horquillas se le cayeron al deshacerse los rizos y se las guardó en el bolsillo de la camisa. Su mirada desprendía seguridad.

El corazón de ella se aceleró ante lo que iba a suceder, al sentir cómo el pelo le caía sobre los hombros. Jamás pensó que estaría en esa situación, comportándose de manera tan atrevida y descarada. Había dejado un baile para salir corriendo en mitad de la noche con un hombre atractivo a quien apenas conocía, un reconocido vividor y un rompecorazones. Puede que la vida estuviera llena de sorpresas —aunque no todas fueran tan excitantes como aquella—. Sólo por eso se merecía esta noche de placer.

Sí, una noche de pasión para después seguir con su rutina. Era mucho más de lo que hubiera esperado aquella misma tarde, cuando había estado a punto de resignarse a un matrimonio sin amor por segunda vez.

Le había faltado poco.

Vincent colocó las manos alrededor del rostro de Cassandra, le acarició las mejillas con los pulgares y la miró intensamente a los ojos.

—No pude evitarlo —confesó—. Me has hechizado, y según se acercaba el final de la noche, sabía que no podía dejarte marchar. Debía traerte conmigo.

La abrazó durante un instante, antes de acercar su boca a la de ella. Fue un beso profundo, húmedo, con sabor a champán, y los íntimos avances de su lengua resultaban tan gratificantes, tan estimulantes para sus sentidos, que le hizo preguntarse cómo sobreviviría a todos los placeres que estaban por llegar.

Lentamente la volvió hacia la cama y comenzó a desabrochar los diminutos botones de perla de la parte posterior del vestido que llevaba. Ella sintió un escalofrío al notar los habilidosos dedos bajándole por la espalda. Cuando el borde del vestido se deslizó más allá de los hombros, se derritió en las cálidas manos que recorrían su piel. La besó en la nuca y el cuerpo de la mujer tembló.

Con suavidad, la giró de nuevo hacia él y continuó desnudándola, mientras mantenía los ojos fijos en los de ella.

Al encontrarse con su penetrante mirada, distinguió algo oscuro y cínico, casi peligroso. Era como si él quisiera que ella supiera que aquello no tenía nada de romántico. Parecía como si le dijera: «Esto no es amor, no habrá nada más, sólo lo que suceda esta noche».

Y, sin embargo, y por extraño que pudiera resultar, no la disuadió. No tenía dudas sobre lo que harían. Ella sólo quería experimentar. Quería saber cómo era hacer el amor con un hombre que supiera darle placer a una mujer.

Con cuidado, desabrochó el carísimo collar. Siguió con los guantes, mientras depositaba suaves besos en sus muñecas, y se arrodilló para quitarle los zapatos de raso y las medias de seda.

Cada vez que descubría una parte de su hambrienta piel, la besaba y recorría la zona con dedos ligeros y juguetones. El deseo le dolía, le quemaba. ¡Qué forma más exquisita de despojarse de la ropa!

Finalmente se quedó desnuda, sin pudor, timidez o modestia, y sintió su cuerpo cálido y febril por el deseo. Nunca se había sentido tan bella, femenina, sexy y atrevida. Nunca había hecho nada parecido y rezaba para no arder en el infierno por entregarse al deseo de una manera tan despreocupada con un hombre al que apenas conocía, sin atender a las posibles consecuencias. Sin embargo, a ella no le importaba nada más que su propio placer en aquel momento.

Y ese hombre lo tenía todo. Era famoso por sus artes amatorias.

Deslizó una mano por la suave línea de su cadera y se deleitó con su propia excitación al tiempo que él la recorría con la mirada desde los ávidos ojos, pasando por los generosos pechos y bajando por sus largas y esbeltas piernas. Apareció una hambre oscura en la expresión de Vincent, según comenzó a desprenderse de su ropa: la chaqueta, la corbata y el chaleco blancos, los pantalones y la ropa interior. Lo dejó todo en el suelo, incluso el reloj de bolsillo y los gemelos. Se quedó desnudo junto a la cama, su cuerpo fuerte y musculoso iluminado por la luz dorada de la lámpara.

Ella estaba hipnotizada, sentía que no podía hacer más que esperar de pie, conteniendo la respiración, hasta que él la tocara.

Con la mirada fija en el profundo azul de los ojos de Cassandra, él se acercó. La punta de su miembro presionó su estómago y se le aceleró el corazón. ¿De verdad iba a suceder? Ella temblaba de deseo.

Vincent la agarró de los brazos y la besó. Fue un beso salvaje, profundo y apremiante.

A continuación la guió hacia la cama. Sus cuerpos desnudos estaban íntimamente entrelazados sobre la suave colcha encarnada. Ella sintió la piel de Vincent, cálida y suave, sobre la suya, mientras su pecho subía y bajaba rápidamente con el ritmo acelerado de su respiración.

—Me has embrujado —le susurró según se deslizaba por su cuerpo y la besaba. Con los dedos le recorría las caderas desnudas, bajaba por las piernas y regresaba a la parte más sensible de sus muslos—. Desde la primera vez que te vi, supe que tenías que ser mía.

—Yo también, igual que lo sé ahora. Apenas puedo entenderlo. Sólo quiero entregarme sin reservas. No deseo nada más. Y sé que no tiene sentido, ya que acabamos de conocernos.

Sus palabras eran demasiado atrevidas y estúpidas, si se paraba a pensar en lo que sabía acerca de ese hombre: que era un salvaje y un sinvergüenza, e hijo de un duque. Sentía que la sangre se le aceleraba en la cabeza sólo con sus besos. Pero no podía pensar bien mientras la tocaba, no podía respirar, ni podía entender otra cosa que no fuera la maravillosa necesidad de estar cerca de él, incluso aunque sólo fuera una noche.

—¿Cómo es posible que no nos conociéramos? —le preguntó mientras la envenenaba con su mirada—. ¿Dónde te escondías?

—Te lo dije cuando bailábamos: acabo de abandonar el luto —dijo Cassandra muy seria.

Su marido había muerto hacía justamente un año.

Vincent deslizó con suavidad un dedo sobre una de sus mejillas hasta sus labios húmedos e hinchados por los besos.

—¿Te sentías sola?

—Mucho.

Y así era. Se sentía sola desde el día que se dio cuenta de que su marido nunca la había amado ya que había otra mujer, su amante, el gran amor de su vida.

—¿Lo amabas?

Nunca antes le habían preguntado algo semejante. Parpadeó sorprendida, sin saber bien qué responder. Hubo ciertos momentos, horribles, en los que sólo había sentido una enorme tristeza.

—No, no respondas. He hecho mal al preguntarte. Sólo puedo estar celoso de aquel a quien amaste por primera vez —le dijo, cerrando los ojos.

—No hay motivo para los celos —le contestó, comprendiendo a cada minuto que pasaba junto a él la razón de su fama como maestro de la seducción. Sabía perfectamente bien qué decirle a una mujer hambrienta de deseo —. Esta noche mi corazón y mi cuerpo son tuyos.

Él abrió los ojos y la besó en la punta de la nariz, en los párpados, en la frente, y bajó hasta las mejillas.

—Trataré con mucho cuidado tu cuerpo y tu corazón.

Acercó su boca hasta uno de sus pezones y jugueteó con él hasta que se puso duro.

—Lo cuidaré muy bien —dijo, al tiempo que hacía lo mismo con el otro, volviéndola loca de lujuria.

La cubrió completamente con sus besos mientras su magistral y cálida lengua la empujaba al borde del paraíso, llevándola a una irresistible locura sensual. Le puso la mano entre los muslos y jugueteó en ese punto hasta que su excitación la llevó al clímax. Cassandra se oyó gemir. Su sorpresa fue grande ya que nunca había sentido tal placer. Desde luego, su marido jamás se había tomado la molestia. Se recostó mientras recuperaba la respiración.

Vincent se colocó sobre ella, apoyándose en sus fuertes brazos.

—Déjame entrar —le susurró.

Con descaro, ella recorrió con las manos el musculoso pecho de Vincent.

—Sí —respondió ella y se abrió de piernas. Impaciente y ansiosa, lo agarró de las nalgas.

Él se detuvo un momento y la miró. Sus ojos, oscuros y apasionados, recorrieron su cuerpo desnudo. Pero ella no podía esperar más. Levantó las caderas y dejó escapar un gemido cuando la penetró. Sintió una gran oleada, cálida, salvaje y húmeda, que crecía y lo llenaba todo.

Una vez dentro de ella, se quedó quieto.

—Cassandra, ¿es una semana segura? —preguntó, con voz tranquila y queda.

Ella lo miró distraída. Sólo podía pensar en su deseo.

—¿Qué quieres decir?

—Si hubiera algún peligro, sé cómo evitar un posible accidente. Pero debo saberlo.

Ella apenas podía pensar en lo que le estaba preguntando. Algo muy poderoso crecía dentro de ella.

—No tienes por qué preocuparte —respondió—. Yo no puedo...

Las palabras se atropellaron en su cerebro. Cassandra cerró los ojos, respiró con lentitud e intentó recordar su vida lejos de aquella habitación. Sólo entonces pudo reunir el valor para decirle la verdad, para contarle cómo había sepultado el fracaso y la «imperfección» que había tenido que soportar en su matrimonio.

—No puedo tener hijos —le explicó—. Soy estéril.

—Eres una mujer muy bella. No lo olvides —le dijo, todavía en su interior y mirándola a los ojos.

Cassandra comprendía que sus palabras querían reconfortarla, darle algún consuelo. Verdaderamente era un maestro en este juego y consiguió que se sintiera mejor.

Vincent comenzó a moverse. Ella echó la cabeza hacia atrás y, a la tenue y dorada luz de la estancia, se deleitó en la fuerte mandíbula y en los intensos ojos oscuros del hombre, que estaban cargados de deseo.

Era una experiencia magnífica, de principio a fin, y se preguntó si aquél era el amor sobre el que escribían los poetas.

Pero no podía serlo. Él era conocido por ser un seductor. Y ésta era una noche más. Ella no podía dejarse llevar por ideas románticas. Esa noche se trataba de sexo, algo físico y nada más.

Entonces comenzó a moverse más rápidamente y ella disfrutó de cómo él llegaba al orgasmo y se derramaba dentro de su cuerpo. Cassandra sintió los calientes borbo-

tones de esperma, igual que le ocurría cuando se acostaba con su marido. Pero esta vez no se parecía en nada a aquella otra. Algo se había encendido dentro de ella desde el primer instante en que sus ojos coincidieron en el baile. Fue auténtica magia, no había sentido nada parecido antes, se sintió eufórica y sucedió lo que tenía que suceder.

Vincent gimió alto y fuerte, se relajó y se dejó caer sobre el cuerpo de la mujer, quien cerró los ojos y lo abrazó fuerte, dándose cuenta de cómo su corazón palpitaba contra su pecho.

Ella no quería soltarlo. A pesar de su determinación de no dejarse llevar por ideas románticas, quería permanecer así para siempre, volver a sentirle, volver a vivir aquella cercanía sensual.

Cassandra tomó aire y su cuerpo se estremeció al exhalar. De sus ojos escapó una lágrima, que recorrió su sien y le llegó hasta el cabello.

No quería sentirse así, no por un sinvergüenza como Vincent. Todo aquello la abrumaba. Un extraño dolor creció en su corazón, algo a la vez hermoso y aterrador. Se sintió muy estúpida.

Vincent se retiró con cuidado y se deslizó para quedarse tumbado sobre su espalda junto a ella. Ambos se quedaron mirando fijamente al techo en silencio.

—No esperaba que sucediera nada así esta noche —le dijo en voz baja como si ella pudiera leer sus pensamientos—. Ni siquiera pensaba ir al baile. Tenía otra invitación para ir a otro sitio.

Parecía sorprendido y desconcertado. Sus cejas se fruncieron.

—Yo tampoco —replicó ella en voz baja y temblorosa—. Nunca había hecho nada parecido en mi vida. Puede que sea normal para ti... Pero yo..., no sé qué me ha ocurrido.

Vincent se volvió para contemplarla.

—No ha sido normal. Eres tan... —dijo mirándola intensamente a los ojos, como si no supiera terminar lo que había empezado a decir—. Eres única.

—¿Quieres decir que esta noche ha sido especial? Porque tengo que confesar que, cuando hemos dejado el salón de baile, me ha dado la impresión de que para ti esto es algo normal. —Su voz se volvió risueña y comenzó a pasar sus dedos juguetones por los hombros de él—. Conoces a una dama en un baile, la arrastras hasta tu carruaje, os besáis, os embriagáis de placer y entonces te la llevas a la cama.

—Y así es —respondió al tiempo que el semblante pícaro de él volvía a su rostro—. Lo hago siempre que tengo la oportunidad. No lo olvides, querida.

Desde luego, no lo olvidaría.

Vincent se tumbó sobre un costado y la atrajo hacia sí.

—Pero es cierto que hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una noche como ésta —insistió.

Aquello sonaba a música para Cassandra.

—Pensaba que no podría —dijo él.

—¿Por qué no? —quiso saber ella.

Él entornó los ojos.

—Me temo que es una historia larga y deprimente. No quiero aburrirte. Y, además, tampoco me apetece estropear una noche tan perfecta.

Ella se acercó más a él.

—Ha sido maravillosa, ¿verdad?

Vincent se incorporó y se colocó sobre ella, que le rodeó con las piernas.

—Prométeme —le pidió— que mañana por la mañana no te levantarás de esta cama sintiéndote culpable por lo que hemos hecho, y no abandonarás Londres avergonzada para esconderte en el campo y castigarte. Quiero verte de nuevo.

¿Era sincero? No, claro que no.

—Yo también quiero verte otra vez pero... —respondió con cautela.

El hombre alzó la cabeza.

—Pero ¿qué?

Cassandra dudaba porque ni siquiera ella sabía qué le esperaba al día siguiente. Había viajado hasta Londres para conocer a un hombre que había expresado cierto interés en casarse con ella. Sin embargo, nada más conocerlo, supo que no podría amarlo. Así que sin la gracia de la maternidad para poder hacer soportable tal unión, ¿qué motivo tenía para casarse, aparte de que la mantuvieran? Estaba segura de que encontraría alguna otra forma de sobrevivir, quizá como institutriz o como dama de compañía...

—Es muy complicado —le explicó—. Verás, vine a Londres porque el primo y heredero de mi marido, el nuevo lord Colchester, había hecho los preparativos para que me casara otra vez.

Vincent frunció el cejo.

—¿Tan pronto? Pero si acabas de dejar el luto.

—Como digo, es complicado. Lord Colchester es un hombre muy impaciente.

Impaciente y despreciable.

—Pero todavía no te has prometido en matrimonio, ¿verdad? —preguntó, mirándola fijamente a los ojos—. No me digas que acabo de hacerle el amor a la prometida de otro.

—No, no, no es nada de eso —le aseguró—. Había un hombre en el baile que se carteaba con lord Colchester y quería saber más sobre mí.

—¿Quién es?

Ella guardó silencio un momento.

—Clarence Hibbert. ¿Lo conoces?

Vincent mostró su sorpresa y se rió.

—¿Clarence Hibbert? ¿Contigo? ¡Dios mío, debes de estar de broma!

Ella también soltó una risita ahogada, aunque en su momento no le había visto la gracia a la situación. Pero así era: el señor Hibbert era bajo, rechoncho y se estaba quedando calvo. Además, era un cabeza de chorlito. Rico, pero un auténtico botarate.

—Absurdo o no, creo que he echado a perder mis posibilidades con el señor Hibbert al escaparme contigo.

—Gracias a Dios. No puede haber nadie más inadecuado para ti que ese hombre, Cassandra. No es sólo incompetente, además te triplica la edad. Una mujer como tú necesita a alguien fuerte, joven y sano, lleno de energía y con muchas ideas en la cabeza.

Sonrió satisfecho, deslizó las manos bajo las nalgas de Cassandra y la empujó con firmeza contra sus caderas. De nuevo, tenía una erección.

—No te planteabas casarse con él, ¿verdad?

—Así era, hasta que apareciste.

—Vaya —dijo por toda respuesta, y deslizó la mano desde la cintura de la mujer hasta el pecho. Luego comenzó a jugar con uno de los pezones erectos.

—Lo cierto es —le explicó ella al tiempo que echaba hacia atrás la cabeza cuando él empezó a besarle en el cuello— que no puedo seguir dependiendo de lord Colchester. Él querrá casarse algún día y yo debo continuar con mi vida.

—Así que seguirás buscando un marido.

Ella se humedeció los labios.

—O quizá pueda encontrar otra solución. Una posibilidad sería trabajar como institutriz.

Vincent se detuvo y la miró.

—¿Trabajar? —repitió, pronunciando la palabra como si estuviera hablando en otro idioma—. Pero, Cassandra, eres una dama.

—Una dama sin muchas opciones. No puedo vivir solamente de mi posición social.

—Pero recibirás la herencia de tu marido.